

En el plano nacional, con cuánto cariño, respeto y certeros juicios se refiere a Arturo Alessandri, a Pedro Aguirre, al Cardenal José María Caro, a Juan Antonio Ríos, etc. Y cuando nos revela que Roosevelt estaba tan vivamente interesado por nuestra política y que Truman sigue con este mismo interés, y cuando transcribe algunas notas que dirigió a su gobierno, no sabemos bien si se trata del Embajador norteamericano o de un representante nuestro ante la Casa Blanca.

Pero es inútil seguir: en el libro, como dijimos, se resumen los catorce años más intensos que ha vivido Chile y en tan apretada síntesis, que es imposible extractarlos en este comentario. Su amor a Chile es constante en cada página. Un libro así sólo ha podido ser escrito inspirado por un sentimiento puro de un corazón bien puesto.

Cuenta al final que en su último día en Chile pasó a visitar la Librería Mackenzie de Valparaíso, en la que había hojeado libros y revistas tantas veces, y encontró los anaqueles vacíos porque se había producido la liquidación de esta vieja librería y agrega: “nos entristeció el fin de este viejo hito que tanto significaba para nosotros por tantos años y dimos nuestra última mirada a la tienda a través de los estantes vacíos, como un doliente en un funeral”. En seguida, “a medida que el barco iniciaba el viaje hacia la patria y la ciudad comenzaba a borrarse en la distancia, convinimos en que nunca habíamos sido tan felices ni estado entre tantos amigos, como en esta encantadora tierra entre las montañas y el mar”.

Pienso que este libro será la más fuerte y la más honda “penetración” norteamericana en el alma de los chilenos.—A. L.



“LA CALETA”, de *Leoncio Guerrero*. Zig-Zag

El autor llegó a Santiago desde Constitución y ha conservado de sus lares ribereños en el río Maule, cierta lentitud y gracejo, algo como una suave desconfianza no reñida con el buen humor, con la disposición contemplativa hacia los habitantes de la gran urbe. Este



contraste que desde Nueva Bilbao o Constitución hasta Santiago, pudiera ser anulado por una personalidad recia, Leoncio Guerrero lo ha hecho más visible viajando por Europa, conociendo los países a través de las mujeres, como debe hacerse, sin perder tampoco su carácter de chileno repujado ciento por ciento y de maulino. La dosis de modestia insular propia de Chile le permitió vagar por grandes capitales sin avidez por las eminencias literarias. No llegó, como otros ejemplares de nuestros cultivos retóricos, en busca de Pío Baroja, con la advertencia de que venía del Continente estúpido, ni buscó la pose fotográfica junto al escritor de fama universal, como pudiera erguirse un arbusto a la orilla de una catarata. De su viaje por el mundo antiguo que nos ha provisto, sin desgastarse, de los elementos más universales y eternos, de aquellos que ponen a prueba nuestra audacia para que todavía nos atrevamos a escribir, a pintar, a ser escultores, arquitectos o músicos, Leoncio Guerrero trajo una experiencia plástica y viva, de esas que no hieren, por lo general, la epidermis del diplomático harto, ni del turista, pero que hacen impacto en el cristal inexorable y también dúctil en su capricho mnemotécnico, que lleva bajo el pecho el novelista.

Pero la vida no sólo va de prisa y diferencia al hombre cotidiano del escritor o del artista en que éste, si tiene orgullo en ser plenamente un hombre, además de vivir las contingencias y alegrías del conjunto, se detiene un instante y haciendo abstracción de sus impulsos más apasionados, se contempla. De este riguroso proceso de contemplación, de este observarse, con mayor o menor fortuna, han surgido en la vida de Guerrero, argonauta ya del denso mar de la madurez, varios libros en prosa y algunos relatos insertos en revistas que salen de la órbita estrictamente lugareña y nos perfilan personajes, en recio y trascendente escorzo.

El último testimonio de este proceso ordenado de creación que delata un curso espontáneo de trabajo literario, desde el cuento a la novela elaborada, con vasta escena y personajes de amplio contorno, se titula *La Caleta* y ha sido publicado, después de varios años de sosegada espera, por la Editorial Zig-Zag.



Tratemos, no obstante, de estudiar conforme a nuestros gustos la novela recién editada de Leoncio Guerrero. Su escenario y nos atreveríamos a decir que su protagonista es el mar. Pero el mar no otorga sublimidad a la pequeñez abúlica de los personajes, pescadores, costinos algunos, venidos de tierras adentro también, dueños, por lo tanto, de esas mañas y astucias que dan los cerros y los rincones mediterráneos, pero nunca la desafiante extensión del litoral marino capaz de empequeñecer la audacia de nuestra vista. Los hombres de Leoncio Guerrero suceden frente al mar, como ha de suceder el ser humano en la inmensidad de la naturaleza, si no se trata de ególatras morbosos, de ahí, a nuestro juicio, su lógica y aglomerada intrascendencia. Veamos entonces de qué recursos se vale Guerrero para enfrentar a su poderoso protagonista. Tal como pudiera hacerlo un navegante con el casco de su embarcación bien calafateado, con la estiba armónica de su carga, con el aparejo sólido, liviano y justo, el novelista se premune de un estilo parco, sugerente, sin tiesura ni sentimentalismo, barroco en la especulación abstracta de la metáfora, pero seguro en el trazo del color. Así se explica que esta novela de 227 páginas con letra pequeña, se lea sin esfuerzo y que el lector acepte la ficción y se interese por las peripecias de los héroes, sin recordar al novelista, primera exigencia a quien osa recrear el universo inasible de la vida.

Después habría que escarmenar en la naturaleza del mundo humano que absorbe la inquietud de Leoncio Guerrero y en seguida la de su adepto lector. *La Caleta* es una novela masculina, hasta donde los sexos pudieran separarse en forma tajante; las mujeres, aún en la órbita de la impersonal ternura humana, viven en un segundo plano y si alguna vez resaltan es por el horror que les acarrea su mórbido destino. Los hombres se bastan a sí mismos, con sus miserias, sus abulias, ese desenfado para robarle a la muerte un trocito de vida sin más gracia que el hecho simple de ser tal, con la tenaz adversidad en acecho. No podemos alegrarnos de que nuestra raza haya descendido a ese bajo nivel social, con pigmento blanco, caries dentarias, alcoholismo y tuberculosis, pero no es honesto cerrar los



ojos a la realidad y mucho menos que la honda pupila del novelista se encandile o se pierda en la nebulosa de un optimismo estólido. Numerosos personajes de Alejandro Kuprin y de Dostoiewski salieron a la escena novelística con harapos y la boca podrida y a pesar de ello, la fuerza de sus naturalezas ascendió hacia un plano universal. El dilema estaría en descubrir si en la atmósfera elegida por Guerrero pudieron verse los ambientes y los hombres de otro modo, sin vulnerar la realidad o si el novelista, con ojo astigmático o prejuicioso, deformó la visión, con el ánimo de exhibir, sin decirlo, la causa remota de toda esa lacra social. Ninguna novela que no sea un simple juego de artificio, renuncia a la tentativa de acusar una realidad infamante, devolviendo la miseria que se nos ha volcado encima, en el sueño pormenorizado de la creación artística.

Pero aunque aceptemos como defectos tales características en esta obra de Leoncio Guerrero, queda un impulso narrativo nunca extraviado, y un potente registro desde la primera página hasta la última, aparte de cierta elaboración de fondo racional donde el ímpetu está sorprendido por el método de trabajo. La creación de la obra artística no es más que un sostenido lanzar de flechas, desde un arco tenso. A veces, la carne del arquero se rompe, en otras ocasiones, como en el caso preciso del maulino Leoncio Guerrero, la piel se endurece, la vista se aguza y el creador logra una totalidad sin mengua, uniforme, a ratos cristalina y resplandeciente, como el fluir de las más tenaces olas.—L. A. M.

■

“ALFONSO REYES, ENSAYISTA. VIDA Y PENSAMIENTO”, de *Manuel Olguín*. Ediciones de Andrés. Vol. II, colección “Studium”.  
México, 1956

A la copiosa bibliografía sobre Alfonso Reyes, viene a sumarse esta obra del profesor chileno, muerto en marzo del año pasado. No es un estudio más sobre “el mexicano universal” ni una revisión más